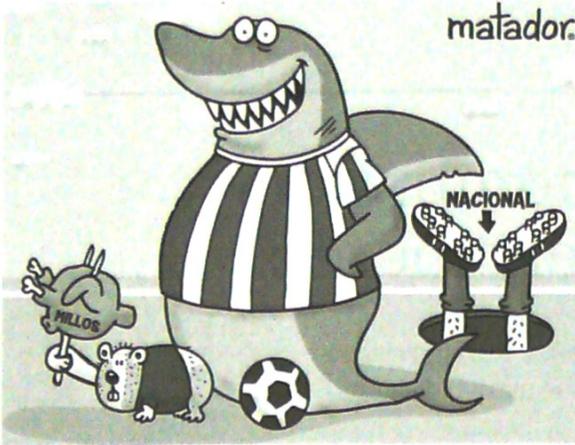


Opinión

EN CARICATURAS

Tiburones y pastusos, a la final



Jota Mario se despide



¿En qué país vivimos?



La incertidumbre de Colombia

Plinio Apuleyo Mendoza

do muy alta; lo registra cada día la prensa. El escalofriante abuso infantil es cada vez mayor en ciudades como Bogotá, Medellín y Cali, así como en las remotas regiones del país. Otro fenómeno que se repite constantemente en Colombia es la corrupción a todos los niveles. Es evidente que el presidente Duque ha tratado de combatirla eliminando la 'mermelada'. Por eso tuvo la audacia de nombrar un gabinete con limpias figuras, ajenas al ajeteo político. Pero el precio de esa decisión suya ha sido muy alto, pues partido político que no tenga participación en el Gobierno se declara en la oposición. Al no tener mayorías en el Congreso, muchos de sus proyectos no han sido aprobados.

Otro problema: la justicia. El caso de 'Jesús Santrich' mostró hasta qué punto nuestro sistema judicial está permeado por decisiones contradictorias, a veces politizadas. ¿Cómo corregirla? La idea de una constituyente divide la opinión pública. Nada, por cierto, evita las especulaciones. Una directriz del Ejército para medir la operatividad de las Fuerzas Armadas contando a la vez desmovilizaciones voluntarias, capturas y bajas en combate fue interpretada por *The New York Times* como un estímulo para reiniciar los 'falsos positivos'.

Todo se presta para contribuir a la incertidumbre del colombiano. Lo absurdo es que Duque, sin duda un hombre recto, interesado en lograr un acuerdo de nuestros partidos en torno a un verdadero plan de desarrollo, es ajeno a las rencillas del pasado. No cuenta con el apoyo necesario.



Luis Eduardo Nieto Arteta

Eduardo Posada Carbo

Un pensador colombiano

Economía y cultura en la historia de Colombia fue uno de los libros de mayor impacto entre mis tempranas lecturas universitarias. Escrito por Luis Eduardo Nieto Arteta (1913-1956), el texto fue publicado por entregas en EL TIEMPO antes de aparecer como volumen en 1941. Pero fueron sus cuatro ediciones en la década de 1970 las que alimentaron la curiosidad estudiantil entre los de mi generación.

Aunque se trata de su libro más famoso, *Economía y cultura...* fue solo parte de una vasta producción intelectual en diversas disciplinas: historia, filosofía, economía, jurisprudencia, sociología... Su obra simplemente impresiona. Así lo muestra con claridad el extraordinario trabajo de Gonzalo Cataño, *La introducción del pensamiento moderno en Colombia. El caso de Luis E. Nieto Arteta* (Bogotá: Externado, 2013).

No es una biografía tradicional. A través de los intereses de Nieto Arteta, Cataño explora críticamente, con lucidez y erudición, los desarrollos del pensamiento moderno en nuestro país.

Nacido en Barranquilla, "en una familia de clase media con fuertes aspiraciones educativas", Nieto Arteta se graduó en Derecho en la Universidad Nacional. Como estudiante en Bogotá, ingresó al Grupo Marxista, que destacados intelectuales fundaron en 1933. Nieto Arteta fue uno de sus "miembros más activos" pero, "a diferencia de sus colegas", mostró desde el principio cierta disposición heterodoxa. Evidencia de ello fue su ensayo sobre Marx y Spengler. El marxismo "jamás fue una jaula de hierro" en su obra, advierte Cataño.

Su sed intelectual no tenía límites. Supo aprovechar sus experiencias en el exterior, gracias a su carrera en la Cancillería a partir de 1935. Vivió de cerca la irrupción de la guerra civil en la república española. Participó como delegado colombiano en varias conferencias internacionales. Y trabajó en nuestras embajadas en Brasil y Argentina.

Donde estuviese, escribía casi sin descanso. "La lista de sus trabajos me alarma", le observó Germán Arciniegas abrumado por su productividad en 1939 (había escrito unos "60 artículos y ensayos cuando apenas cumplía los 26 años de edad"). Abordaba además la correspondencia como "una extensión del trabajo intelectual". Cataño observa que su epistolario (más de mil cartas) constituye "una de las fuentes más ricas" para la historia del pensamiento nacional de su tiempo.

Desde distintos ángulos, Nieto Arteta estuvo fundamentalmente preocupado por pensar a Colombia. En 1939 había colaborado en *Nuestra revolución económica*, un informe de la Cancillería en el que apoyó la intervención del Estado en nuestra "expansión industrial". Saltaba de estudios sobre la realidad concreta a discusiones más teóricas. Fue el "receptor más sensible" de la escuela del "pluralismo jurídico". Difundió a Kelsen, a quien entrevistó en San Francisco en 1945.

Uno de sus ensayos más conocidos es *El café en la sociedad colombiana*, escrito en Río de Janeiro en 1948 pero publicado solo después de su muerte. Su lectura no deja de sorprender. El café, según Nieto Arteta, había transformado la sociedad colombiana, identificada entonces con la mesura y la paz. Dos semanas después de terminar el manuscrito estallaba el Bogotazo. Nieto Arteta no desconocía los problemas de violencia que ya sufría el país, como bien observa Cataño. Pero su ensayo sirve para abrir nuevos interrogantes en ese debate siempre necesario sobre las causas de la Violencia.

Luis Eduardo Nieto Arteta puso fin a su vida en 1956 (solo tenía 42 años!). Al leer la magistral biografía de Cataño, el lector queda con la firme sospecha de que el legado de Nieto Arteta sigue presente en los más diversos aspectos del pensamiento colombiano.

“ El café, según él, había transformado la sociedad colombiana, identificada entonces con la mesura y la paz. Dos semanas después de terminar el manuscrito estallaba el Bogotazo. ”

Preocupados por las regalías



La ciencia colombiana

Moisés Wasserman

la construcción de carreteras. Estos problemas fueron parcialmente corregidos con una reforma legal en julio de 2018.

Durante este año han sucedido cosas importantes para la ciencia: la entrada a la Oede (que vio con buenos ojos el compromiso de asignar 10 por ciento de regalías a la ciencia); el Plan Nacional de Desarrollo, que se comprometió a duplicar la inversión estatal; la creación de un ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación que va a dirigir un sistema cuyo funcionamiento dependerá de los recursos que se le asignen; y el lanzamiento de una misión de 'sabios' que debe proponer una hoja de ruta para el crecimiento científico.

Y de pronto, en contravía de todo, surge un proyecto de acto legislativo que elimina la obligatoriedad del 10 por ciento para ciencia (lo deja solo en el listado de opciones libres) y revierte los cambios recientes que obligaban a que la aprobación y la ejecución de los proyectos se hicieran mediante concursos científicos abiertos y transparentes.

Entonces hay razones para la preocupación y el desconcierto. Pensamos que el país ya estaba convencido de la necesidad de entrar en la era del conocimiento y creía que el desarrollo y el bienestar de la gente dependen en gran medida de él. Pero no, parece que, como en aquel juego de escaleras y rodaderos, estamos en peligro de caer en la casilla que nos devuelve al principio del tablero.

@mwasserman1

Es la atribulada pregunta que acabo de hacerme después de leer el libro de María Elvira Samper titulado 1989. A ningún periodista, salvo a María Elvira, se le había ocurrido hacer un minucioso recuento de los horrores que azotaron a Colombia en un año. Cada hecho en este libro se recoge con fecha, hora y lugar.

Su principal amenaza en 1989 es el narcotráfico; lo siguen las Farc, con cuarenta frentes y 3.500 hombres; el Eln, el Epl y, en el costado opuesto, los paramilitares. "Colombia, óigase bien, está en guerra, y ni el gobierno ni el país reposarán hasta haber ganado esta guerra". Tal fue en aquella época la predicción del general Maza Márquez, entonces el director del extinto Departamento Administrativo de Seguridad (DAS). La debilidad de las zonas fronterizas se hace evidente. En aquel tormentoso año, bajo el gobierno de Virgilio Barco, fueron asesinados conocidos personajes como mi amigo Rodrigo Lara, Luis Carlos Galán y Guillermo Cano, director de *El Espectador*.

Pasados treinta años, no podemos caer en el engaño de que ahora reina la paz. Es cierto que las Farc dejaron de ser un actor beligerante después de firmar un acuerdo y de convertirse en un partido político. Pero la situación descrita por María Elvira en su libro no ha cambiado, y por ello en el estado de ánimo de los colombianos prevalece la zozobra.

Sin duda, el narcotráfico sigue predominando en muchas regiones del país. Los cultivos de coca, que en el gobierno del presidente

Uribe habían sido reducidos a 45.000 hectáreas, hoy sobrepasan las 200.000. Su fuerte son las rutas secretas para sacar el alcaloide por el Pacífico hacia Estados Unidos, Europa y Asia. De otro lado, las rutas por Venezuela -en complicidad con la dictadura de Maduro, el cartel de los Soles y el Eln- mueven impunemente toneladas de droga cada semana. A todo esto se le añade la presencia y operación en el país de los carteles mexicanos más feroces, como el de Sinaloa o el de Jalisco Nueva Generación.

En Colombia, los grupos armados existentes, como el Eln, el 'clan del Golfo' y las llamadas disidencias de las Farc -que ocuparon los territorios dejados por esa guerrilla-, se sostienen con el tráfico de drogas. Su lucha no está sustentada por una ideología política, como en otra época, sino por el poder económico. No hay duda de que la simple erradicación manual promovida por el Gobierno no tiene la eficacia del discutido glifosato.

La tasa de homicidios sigue sien-

Nuevamente estamos oyendo voces de alarma en los círculos cercanos a la ciencia en Colombia. Se han pronunciado la Asociación Colombiana de Amigos de la Ciencia (Acac), la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, los rectores del Sistema Universitario Estatal y los coordinadores de la Misión de Sabios, entre otros.

La gente que no está pendiente de estos asuntos puede pensar que esto es de importancia secundaria e interesa solo a un gremio exótico que quiere defender sus recursos. Entonces conviene recordar algunos antecedentes para que se entienda el problema.

El hecho básico de toda esta discusión es que Colombia invierte muy poco en su ciencia. Mientras que los países de la Oede (a la que nos adherimos recientemente) invierten, en promedio, alrededor de 2,7 por ciento del PIB, en Colombia escasamente llegamos a un 0,27 por ciento. Esa inversión minusválida ha sido una constante en nuestra historia moderna.

Desde hace muchos años, los miembros de la comunidad académica hemos venido insistiendo en la necesidad de aumentar la inversión y hemos propuesto, año tras año, alternativas para conseguir recursos adicionales. La propuesta más recurrente fue la de dedicar una parte de las regalías producidas por la explotación de recursos mineros, pero se propusieron otras también, como la venta de una parte de *Ecopetrol* para invertir esos recursos en conocimiento

(Mockus en la campaña presidencial de 2010). El presidente Santos, durante esa campaña, adhirió a la propuesta de dedicar un porcentaje de las regalías y así, en un acto legislativo del 2011, se asignó un 10 por ciento para actividades de ciencia, tecnología e innovación.

La reglamentación inicial no fue buena. La aprobación de los proyectos dependía preponderantemente de los gobernadores, no siempre bien ilustrados y casi siempre cortoplacistas (es decir que no interesa lo que no se puede inaugurar en cuatro años). Los mecanismos de presentación y seguimiento de los proyectos eran los usados para construir carreteras, y no servían para hacer ciencia. La ejecución fue contratada con frecuencia con entidades generalmente cercanas a las gubernaciones y diferentes a las proponentes. Eso llevó a una gran desconianza en el sistema y a una mala ejecución que terminó en la transferencia de más de un billón de pesos, de recursos de la ciencia, para